

¡Abríganos! ¡Oh Madre mía! En tu regazo bendito a todas tus criaturas, pues eres así el manto protector que nos cobija, que nos da ese calor vivificante que la madre prodiga al hijo, que hacer germinar esa semilla fecundada por tu amor, por esa entrega que únicamente Tú eres capaz de prodigarnos, sé, bendita, gloriosa y celestial finura, imagen vívida del portento que Dios nos entregara, como el recuento universal de todas nuestras necesidades y flaquezas, para que reunidas en tu benevolencia infinita, en tu ternura sin límites, pueda fundirse todo ello en el fuego de la contrición y purificando así pueda ser llevado a tus plantas divinas, como el más puro gesto de verdadera intención de renovación. Amén

Profunda es la grandeza de mi Padre, amadísimos hermanos, profunda y lacerante para cuantos no quieran reconocerle y actúan de una manera inicua al calor de sus pasiones malsanas, dejándose llevar por todo aquello que a más de que no les corresponde, les hace hundirse más y más en ese pantano de iniquidad, es un proceso regresivo que contraviene lo marcado por mi Padre; aún así, en esas circunstancias, bastaría únicamente un soplo de lucidez, una mirada dirigida a ese Padre para implorar su apoyo, para manifestar su arrepentimiento, para que mi Padre posase sus ojos en ellos y tendiendo su mano santísima dijese: adelante mi pequeño, estás empezando a reconocer en ese camino equivocado que lleváis, que no es allí donde podréis encontrar de mi grandeza, que no es así como se llega a la buena meta, la única que te proporcionará la paz verdadera y donde serás resarcido de todas las heridas que ahora lleva tu alma empobrecida por el pecado y profundamente lastimada por toda esa iniquidad con que la has denostado. ¡Oh pobre hijo mío! Heme aquí en un solo instante, para hacerte entrever de esa luz que ilumine tu alma y de claridad a tu espíritu, ese espíritu tan confundido como vos mismo lo estás en este instante, mas es tanta la piedad del Padre para sus criaturas, que una vez más levantaré de tu cuerpo y enjugaré el llanto de tu rostro, limpiaré tus heridas calzas y avante podrás seguir en un camino nuevo, el verdadero, el que nunca debiste abandonar cuando le vislumbraste, el que yo te ofrezco a cambio sólo de que me sigas. Estas palabras di chas por el Redentor del Mundo, por el Padre Amor, son una pequeña muestra de su grandeza verdadera y de cuanto sois capaces de alcanzar, cuando verdaderamente el arrepentimiento llega a vosotros, con el debido reconocimiento de que habéis obrado mal y que existe en vosotros el verdadero deseo de corregir ese camino tan equivocado. Retened esto en la mente vuestra, porque de cierto y en verdad, muchos de vosotros tenéis la imagen de un Dios vengativo o cobrador de cuanto hacéis en perjuicio propio vuestro y en realidad Él, en su infinito amor, sólo desea el bien para vosotros en la inmensidad de su comprensión y profunda paciencia para vuestros errores. TOBÍAS